
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Del dolor del hombre al sufrimiento de Dios
<i>Lucio Florio</i>	5	Aunque es de noche. La nocturnidad del mal y la figura del crucificado
<i>Silvia Anselmino</i>	13	Aproximación a la experiencia de la enfermedad y del acompañamiento
<i>Francisco Bastitta</i>	21	La pasión de los niños
<i>Angeles Zambrano</i>	31	Los chicos de la calle
<i>Alberto García Hamilton</i>	33	El corazón que late tras las rejas
<i>Juan Torbidoni</i>	41	Sufrimiento humano y sufrimiento divino en la cultura griega antigua
<i>Emmanuel Housset</i>	49	La misericordia como sufrimiento de amor
<i>Alejandro Mingo</i>	63	“Uno de la Trinidad santa padeció en la carne”
<i>Inés Vaccarezza</i>	79	“La luz del corazón” en Gonzalo de Berceo

La misericordia como sufrimiento de amor

*Emmanuel Housset**

El hecho de que el hombre pueda compartir el sufrimiento del hombre es el gran misterio de la existencia humana: ¿Cómo el hombre puede en el corazón mismo del sufrimiento salir de sí mismo para recibir el sufrimiento del otro? Se trata, sin embargo, aquí también del gran misterio de Dios: ¿cómo un ser idéntico a su esencia puede compartir las pasiones humanas? San Anselmo escribe: “No percibimos hasta dónde Tú eres misericordioso. Nos damos cuenta desde dónde corre el río pero no la fuente de la que nace¹”. Para comprender la misericordia de Dios, es esencial no entenderla a partir de la misericordia humana porque la divina no puede participar de la debilidad y la finitud humanas. Al contrario, parece difícil pensar en la misericordia del hombre sin la misericordia de Dios: la capacidad que tiene la persona singular de sufrir con el mundo y por él, es de tal modo enigmática que no parece poder venir de la persona misma. En efecto, si se puede decir “feliz el que tiene misericordia de los miserables” (Prov 14,21), esta piedad humana ¿no es demasiado pesada de llevar sin la misericordia propia de Dios, que ordena este

* Emmanuel Housset, 1960, casado con dos hijos; maestro de conferencias en la universidad de Caen. Publicó *Personne et sujet selon Husserl*, Paris, PUF, 1997; *Husserl et l'enigme du monde*, Paris, Seuil, 2000; *L'intelligence et la pitié. Phenomenologie de la communauté*, Paris, Editions du Cerf, 2003.

¹ *Proslogion*, L'oeuvre de saint Anselme de Cantorbery, tome 1, Paris, Editions du Cerf, 1986, p. 257.

sufrimiento al gozo del bien eterno? Por un lado, sufrir por el otro está en la medida de lo humano y por otro, ningún hombre puede llevar él solo toda la miseria del mundo, y sin la gracia no puede llevar el sufrimiento de otro sin encerrarse en él. Paradojalmente, la misericordia de Dios, ¿no es la que nos libera del ideal infinito de responder por nosotros mismos a la totalidad del mundo y la que después nos vuelve capaces de escuchar lo insoportable del otro?

Sólo la persona es capaz de misericordia

Las cuestiones precedentes indican que en la misericordia está contenido el ser de Dios, el ser del hombre y la relación entre ambos. Por consiguiente, todo rechazo de la misericordia sólo por ser peligrosa porque absurda, irracional y excesiva, conduce a reducir al hombre a un status de animal racional, sobre todo en su forma moderna, de un sujeto que se funda en sí mismo, que es su propio origen y que se concibe como señor y dueño de la naturaleza y como plenamente maestro de sí mismo. Para tal hombre, ningún objeto bueno se impone a la voluntad, y la voluntad humana deviene así el objeto propio de sí misma. Este poner al margen la misericordia es un rechazo a reconocer la mínima verdad de las emociones y también una negación de la mínima pasibilidad que pueda amenazar nuestro ideal de autonomía. Es necesario entonces reconocer que el sujeto que se funda en sí mismo por reflexión, no tiene que ver más que consigo mismo, puesto que el respeto por otro no viene más del encuentro con una persona singular, sino que es un puro respeto por la ley moral en sí. Ahora, a la concepción moderna, de un sujeto puro de toda pasión, corresponde la concepción de un Dios impassible que no comparte en nada las pasiones humanas. La negación de la pasibilidad en el hombre parece corresponderse bien con la negación de la pasibilidad en Dios, que, desde ese punto de vista, no es más que un principio indiferente a aquello de lo que es principio. Que Dios sea el acto puro que mueve como objeto de deseo o que Dios sea el

hombre idealizado, infinitamente lejano, que será también acto puro, no puede ser sino un principio y no una persona, porque no se vuelve hacia nosotros y por lo tanto no hace de nosotros personas, ni parece tener un rostro. A la inversa de tal representación, debemos reconocer que tanto en Dios como en el hombre sólo la persona es capaz de misericordia, sólo ella se vuelve hacia alguien que no es ella misma, no para usarlo, sino al contrario, para dejar que se manifieste, para acompañarlo en su existencia. La persona es pues aquella que acepta dejarse transformar, fuera de toda expectativa, por otra persona y que por lo tanto, escucha al otro antes de buscar dilucidar el sentido de lo que está manifestando. En efecto, la persona no se inserta en el otro sino que se acerca a él sin sustituirlo nunca y es por esto, que tanto en Dios como en el hombre, aunque el hombre no sea plenamente sí mismo, el amor no es una capacidad *a priori* de la persona, sino más bien el acto propio de la persona que se ocupa en una unidad sin confusión²”.

El sufrimiento como apertura al ser

La misericordia hace de nosotros una persona abriéndonos al acogimiento del otro como persona. Pero, ¿se puede pensar tal apertura sin interrogarse sobre la importancia y sobre el carácter propio de Dios como sufrimiento de amor? Podemos en efecto preguntarnos si hablar del sufrimiento de Dios no es recaer en un antropomorfismo que conduce a proyectar sobre Dios las pasiones humanas. De hecho es posible mostrar que al contrario, pensar en un Dios sensible pero no pasible como el hombre, es lo que libera más radicalmente de tal antropomorfismo. Más aún, se puede, a partir

²En *L'intelligence de la pitié. Phenomenologie de la communauté* (Paris, Editions du Cerf, 2003), he querido mostrar en qué la misericordia verdadera, la que no es una protección cara a cara del sufrimiento del otro, es una transfiguración de nuestra existencia que nos da un verdadero rostro y nos vuelve a nuestra vocación propia para el otro hombre que deja de ser en la misericordia un simple ejemplar de la especie humana. En esto, hay una inteligencia propia del amor que nos abre a la singularidad de nuestro poder ser.

de la misericordia de Dios, acercarse a la verdad del sufrimiento: tanto en Dios como en el hombre ¿no es el sufrimiento la característica principal del ser vivo? El sufrimiento como sensibilidad a otra que cosa que no sea uno mismo, no se opone aquí al gozo, sino que es una apertura al ser anterior a la subjetividad, y por lo tanto, esta sensibilidad, que en Dios no está unida a ninguna pasibilidad, es indisoluble con el gozo de ser. Un Dios insensible y un hombre impasible, ¿no serían ambas las ideas de una razón que no se nutre más del encuentro con las cosas? Al contrario, un Dios que sufre puede ser el camino, la verdad y la vida que da al hombre la capacidad de sufrimiento, es decir la posibilidad de vivir, es decir, de poder darse comprendiendo este sufrimiento. Lo propio de un Dios que sufre es ser un Dios que da todo, incluyendo su divinidad y que enseña al hombre que no puede ser sí mismo, que no puede ganar su propia vida más que en el acto de darse. Así la misericordia es todo menos una simple condescendencia, porque es una transfiguración de la existencia que hace de Dios y del hombre personas, en la medida en que no hay otra cosa que el amor que tiene misericordia.

Podemos entonces reconocer en la misericordia la figura cristiana de la mismidad: donde hay olvido de sí, pérdida de sí, e incluso, como el grano de trigo, muerte, hay vida, hay recepción de la verdadera forma. La misericordia me transforma porque en ella yo padezco aquello que no había previsto padecer y así devengo abierto a la pasibilidad.

Un Dios que llora

Entre la misericordia del hombre y la misericordia de Dios no hay una verdadera unidad de esencia, sino solamente una unidad de analogía que mantiene la diferencia entre el analogado y el *analogon*. Entonces la cuestión no es comprender la misericordia de Dios a partir de la misericordia humana, como si la misericordia de Dios, por ejemplo, sólo incumbiera a la dimensión humana de Cristo. Se trata más

bien de comprender la verdadera misericordia humana en relación con esta misericordia de Dios como lo recuerda San Agustín: “Dios nos concede su misericordia a causa de su bondad, mientras que nosotros practicamos la misericordia los unos con respecto a los otros para obtener este gozo³”. Por lo tanto, si la misericordia es un sufrimiento de amor, Dios es el único objeto de nuestro amor. Se trata pues, de tomar en toda su plenitud esta proposición: es en Dios en quien nosotros gozamos del prójimo, es decir que lo amamos por él mismo en lugar de usarlo. Toda la cuestión es ahora saber si esta no es la forma con la que la misericordia divina ordena la misericordia humana y hace que el prójimo no sea amado ni por sus accidentes, ni simplemente por su participación en un universal, sino más bien amado en su vocación propia, que convierte nuestra misericordia en algo humanamente soportable sin imponerle una carga insoportable. En efecto, el misterio propio de la misericordia es que la capacidad de compartir el sufrimiento del mundo, es a la vez una plenitud de nuestra humanidad y algo que parece exceder nuestras posibilidades humanas. Aquí el poder ser sí mismo no parece poder venir de la simple autodeterminación del sujeto, pero tampoco parece poder reposar sobre las espaldas de otro, y por esto podemos preguntarnos si el sufrimiento de Dios no es lo que está a la vez al principio y al fin de la misericordia humana.

La reflexión filosófica puede mostrar sin dificultad la necesidad de liberarse de cualquier imagen de Dios demasiado humana que esté sometida a las pasiones que podemos encontrar en numerosas representaciones mitológicas, pero así ella conduce a retirar toda verdad a las emociones, para no reconocer más que un Dios totalmente impasible que es la medida de lo humano, precisamente porque no tiene nada de humano. Tal no es el Dios de la Biblia, para el cual la misericordia es uno de sus atributos fundamentales. El Dios de la fe es un Dios de misericordia que es tocado, afectado para la miseria de los hombres y que en esto es la fuente de salud: “El rostro

³ *La doctrine chrétienne*, trad. por G. Combès y M. Fargest, B.A. 11, XXX, 33, DDB, 1949, p. 223.

de Dios (*panim*) vuelto hacia el hombre o la mujer será aquel que él o ella atraiga o convoque por su propia actitud espiritual o emocional; no en la óptica del relativismo mágico e ilusorio, sino en aquella del propio trabajo de verdad sobre sí mismo que efectúa una persona (o que no efectúa). Este rostro (*panim*) vendrá entonces a encontrar a cada persona aquí donde ella está, hasta en “los lugares secretos” de su llanto: ella responderá al rostro (*panim*) que le muestra, hasta confundirse con él⁴”.

El Dios de la Biblia es un Dios que llora⁵ de amor y que así llama al hombre a existir. Dios no es indiferente a la suerte de la creación y el Dios del Nuevo Testamento también está tomado en sus entrañas por la miseria de los hombres, es decir, que está tocado en lo más íntimo de sí mismo, y no desde afuera, por esta miseria. Contra el “uno” intocable e indiferente del neoplatonismo, el Dios de la Biblia se confunde con su misericordia como forma esencial del amor; tal es su personalidad. Se comprende entonces en qué el amor al prójimo no es ni un amor que se queda en los accidentes de la persona amada, ni un amor que atraviesa la persona amada para estar atento a un más allá impersonal⁶”. En efecto, aprender a sufrir por el otro conduce a ver en la persona amada la imagen de un Dios que sufre y que es él mismo una persona, infinitamente. Hay que reconocer que la intersubjetividad no puede más que la subjetividad monódica, el ser ella sola el fundamento del ser sí mismo, que ella no puede ser suficiente para salir del amor neutro que, ciertamente, me despoja de mí, pero que no me permite aprehenderme en realidad en el don de mí mismo, porque el “uno” que no es el ser, vuelve impensable el don que no puede ser más que aquél de alguien a alguien.

⁴ Catherine Chalier, *Traité des larmes*, Alban Michel, Paris, 2003, p. 100.

⁵ Acerca del Dios que llora ver también Hans Urs von Balthasar, *La dramática divina, IV, El desenlace*.

⁶ Ver los análisis de Jean-Louis Chrétien acerca del amor neutro en *La voix nue*, Editions de Minuit, 1990.

Dios sin pasión pero no sin compasión

De este modo el sufrimiento de Dios, lejos de no concernir más que a la naturaleza humana de Cristo es el corazón mismo de Dios que explicita la Encarnación. En sus *Homilias sobre Ezequiel*⁷, Orígenes elucida el carácter propio de la pasibilidad de Dios que no es idéntica a la pasibilidad humana: Dios ha descendido “sobre la tierra por misericordia con el género humano, ha probado pacientemente nuestras pasiones antes de sufrir sobre la cruz y de dignarse tomar nuestra carne; porque si no hubiera sufrido, no hubiera venido a compartir al vida humana”. Orígenes agrega: “El Padre mismo no es impasible. Si se le ruega, tiene misericordia, se compadece, experimenta una pasión de caridad y se coloca en una condición incompatible con la grandeza de su naturaleza y por nosotros toma sobre sí las pasiones humanas⁸”. Tal es el misterio de Dios: sin pasión no sin compasión y esta determinación esencial, fundamentalmente no griega, es heterogénea a toda forma de ontología. Es necesario, pues, reconocer que la apatía no es ni un ideal humano, ni una perfección de Dios, incluso si la pasibilidad de Dios no es aquello que es sufrido involuntariamente, porque todo en Dios es libremente querido. La misericordia de Dios no está pues ligada a las pasiones humanas como movimientos contrarios a la razón, sino que es una pasión de caridad, la cual es sin embargo un verdadero sufrimiento. En Dios, la alegría, la tristeza y la cólera son siempre, como dice Orígenes, un *pathos* de caridad y hay que preguntarse si esta pasibilidad de Dios no es lo que educa la pasibilidad humana. Al menos es claro que esta pasibilidad de Dios no es un simple modelo inteligible sino que es una invitación para que perfeccionemos la creación. Dios sufre, lo cual significa que se da y que se da todo entero, en su divinidad misma y este sufrimiento llama a la persona humana a aprender a sufrir este sufrimiento de amor.

⁷ *Homelies sur Ezéchiél*, VI, 6, trad. Marcel Borret, Paris, Editions du Cerf, Sources chrétiennes n° 352, 1989, p. 229.

⁸ *Ibid.*, p. 231.

Opuesto a todo proyecto de insensibilidad, que no mira si no a perseverar en nuestro ser y a preservar nuestro propio lugar, se trata de aprender a sufrir, es decir de aprender a abrirse al mundo y a dar la vida por el mundo. El sufrimiento no está unido aquí al pecado, no es un mal, una falta de ser, sino que es el acto de ser como acto de recibir la alteridad para conducir el mundo a su perfección. Desde este punto de vista, aprender a sufrir no tiene que ver con ningún gusto por el dolor, como complacencia con el propio sufrimiento, porque en la misericordia justamente no soy yo el que sufre sino que el amor sufre en mí. Hay que reconocer, sin embargo, que la manera sistemática en la cual se cae en la acusación del placer en el dolor para cualquier referencia al sufrimiento, manifiesta también la incapacidad de dar un verdadero lugar al amor, en la medida en que no es precisamente una prueba de sí. Verdad en el sentimiento, la misericordia es también el don del Espíritu Santo que permite sufrir junto con el mundo y por el mundo en su inacabamiento, porque el Espíritu sufre por nosotros, en lugar nuestro. Así sufrir de amor es también sufrir por aquel que sufre mal o que no sufre. Como escribe Jean-Louis Chrétien: “La gracia hace que una parte del cuerpo de Cristo gima por otra que se ha vuelto insensible o está herida: y así mantiene la unidad del cuerpo. Ella sufre por aquellos que no sufren con su propia enfermedad, lo cual les impide buscar curarse, o incluso darse cuenta de que están enfermos⁹”.

De esta manera el sufrimiento de Dios es lo que hace que el Padre no sea un simple espectador de la pasión de Cristo, sino que Él experimente en sus entrañas el sufrimiento del Hijo y que se compadezca del sufrimiento del mundo de una manera mucho más perfecta que toda compasión humana. Si Dios nos trasciende, es que Él se compadece de nuestra miseria infinitamente mejor de lo que nosotros nos compadecemos de la miseria de nuestro prójimo.

⁹ *Saint Augustin et les actes de parole*, Paris, PUF, col. Epiméthée, 2002, p. 257.

Aprender a llorar

La misericordia de Dios que sufre con los hombres transfigura la misericordia humana que deviene entonces algo distinto de la repugnancia de ver sufrir a su semejante. En efecto, la misericordia se convierte en la capacidad de ser pasible por amor y no en función de una simple vulnerabilidad. Podemos decir que por ella el hombre llega a ser fuerte en su debilidad, que humaniza su sufrimiento en lugar de rechazarlo y que descubre así que es posible ser hombre, es decir, ser con otro. Sin duda que el sufrimiento no es suprimido, pero cambia de signo en la medida en que es liberado de su aislamiento. Al sufrir con nosotros, incluso aunque no sea como nosotros, porque su misericordia no está mezclada con el temor, Dios hace que el sufrimiento del otro pueda ser recibido sin que sea abolido, porque dejamos que el amor en nosotros tenga misericordia. San Agustín pudo escribir: “¿Por qué Cristo lloró sino porque él enseñó al hombre a llorar?¹⁰.” Cristo no enseña a ser impasible, sino que nos enseña a llorar, es decir a experimentar en su carne el lazo que une a cada persona de la historia de la salvación y es por esto que hace falta llorar por aquellos que lloran mal o por los que no lloran. Así, en el corazón del sufrimiento, en el corazón del encierro en sí más radical, se abre el camino a otro sufrimiento que es una pura sensibilidad por amor, por medio de la cual, al mismo tiempo, reconozco el sufrimiento propio del otro, pero sin encerrar al otro hombre en su sufrimiento, en la medida en que yo sé que él puede también transfigurar su sufrimiento en un sufrimiento por amor. Entonces, esto no es un gozo pueril de sí, que puede salvarnos del sufrimiento, sino realmente un sufrimiento distinto que no es la condición del amor verdadero, sino que es ya la manifestación de este amor.

Podemos sentir prevención del amor de un ser cuya experiencia nos ha herido profundamente, de un ser que nos ha tomado las

¹⁰ *Homélie sur l'évangile de saint Jean*, XLIX, 19, trad. M.F. Berrouard, B.A. 73b, *Etudes Augustiniennes*, 1989, p. 243.

entrañas y así nos arrastra a la postura tranquila de un espectador desinteresado del mundo. El acto de convertirse en espectador desinteresado es un acto puro de voluntad que vuelve el sujeto hacia sí mismo, pero, por el contrario, la misericordia es un acto por el cual el sujeto es arrancado de sí mismo, desinteresado de sí: es a pesar de sí vaciado de sí mismo, y puede entonces aceptar a aquel que llega porque lo escucha ahora sin juzgarlo. Entonces, es necesario consentir a lo que nos agarra y es la misericordia de Dios precisamente la que nos enseña a sentir, liberándonos de la sola afección a sí y por sí y la que nos da la capacidad de ser nosotros mismos buscando expresar el exceso de lo que nos toca. Las lágrimas son en esto nuestra primer palabra, como lo testimonia Alfred Musset en *Tristesse*:

“Dios habla, hay que responderle, el único bien que me queda en el mundo es haber llorado alguna vez”.

Solamente esta misericordia deja al otro ser en su secreto, en la medida en que en este sufrimiento de amor, aquel que recibe no se pone como la norma de lo que recibe. Así, recibiendo al otro hombre como persona, es decir en aquello que tiene fuera de la norma, el hombre pierde perfectamente toda forma que se daría por sí mismo y deja justamente al amor tener misericordia en él y es así como se convierte a sí mismo en una persona. Porque el amor mismo es una persona, el hombre está allí donde el amor tiene en él misericordia, allí donde encuentra la paciencia para transformar el sufrimiento en alegría sin negar el sufrimiento.

En la compasión el hombre es entonces el guardián del otro hombre y no su maestro: deja que el otro se exprese en su sufrimiento, deja que se exprese en su verdad sin recubrir inmediatamente lo insoportable del otro con su propia palabra. Así, el hombre que sufre me libra de mí mismo, haciéndome su guardián y no su espectador. Hay que reconocer que al reivindicar así mi cuidado, él me da lo que yo no puedo darme a mí mismo, el hecho de sostenerme en la apertura al ser. Este cuidado funda el ser con otro porque en él yo estoy infinitamente expuesto a la extrañeza del otro hombre y estoy

al mismo tiempo expuesto a mi propia extrañeza frente a mí mismo. Se puede decir que el sufrimiento del otro me convoca y me llama a ser más allá de mí mismo, más radicalmente que cualquier otra cosa, porque me recuerda que el mundo, antes de ser un mundo de cosas es un mundo de la vida, es decir un mundo sufriente. El camino del sí mismo al sí mismo pasa pues por el mundo, puesto que se trata no de suprimir el sufrimiento del mundo sino de trabajar para transformar este sufrimiento en un sufrimiento por la verdad. Por consiguiente, la misericordia humana revela la verdad de que yo debo actuar fuera de toda norma *a priori* que el pensamiento pueda poner, porque en ese modo, que acoge lo que se da tal como él se da, no es el “yo” que pronuncia en mí el “tú debes” y tampoco es el otro, sino que es lo que en mí ama, lo que en mí llora y que yo no me doy.

El sufrimiento de Dios hace sensible al hombre

La misericordia llega así a ser una dimensión de la existencia, que al dejar ser al otro lo que es, se da como mi prójimo, y esta exposición al otro es incompatible con cualquier proyecto de insensibilidad que hace de nuestra vida un sueño. La verdadera compasión no consiste tampoco en vivir lo mismo que el otro, sino que es sufrir con su sufrimiento y alegrarse con su alegría. Esta posibilidad de no ser un espectador, sino un testigo, que acompaña de esta manera la vida del otro, ¿puede tener lugar en la otra compasión, la compasión de Dios que libera la mía? En efecto, la misericordia de Dios en su misterio hace sensible al hombre, lo abre al sufrimiento del mundo, es decir a lo que el mundo contiene de alteridad. Dicho de otra manera, se trata de amar al otro por sí mismo y no por mí y esto se logra finalmente amándolo para Dios; así es realmente posible no hacer del otro el cautivo de mi buena voluntad. La misericordia de Dios hace posible la misericordia humana y al mismo tiempo hace posible una comunidad humana, que es algo distinto que una simple colectividad de individuos disponibles, ya que es un sólo y